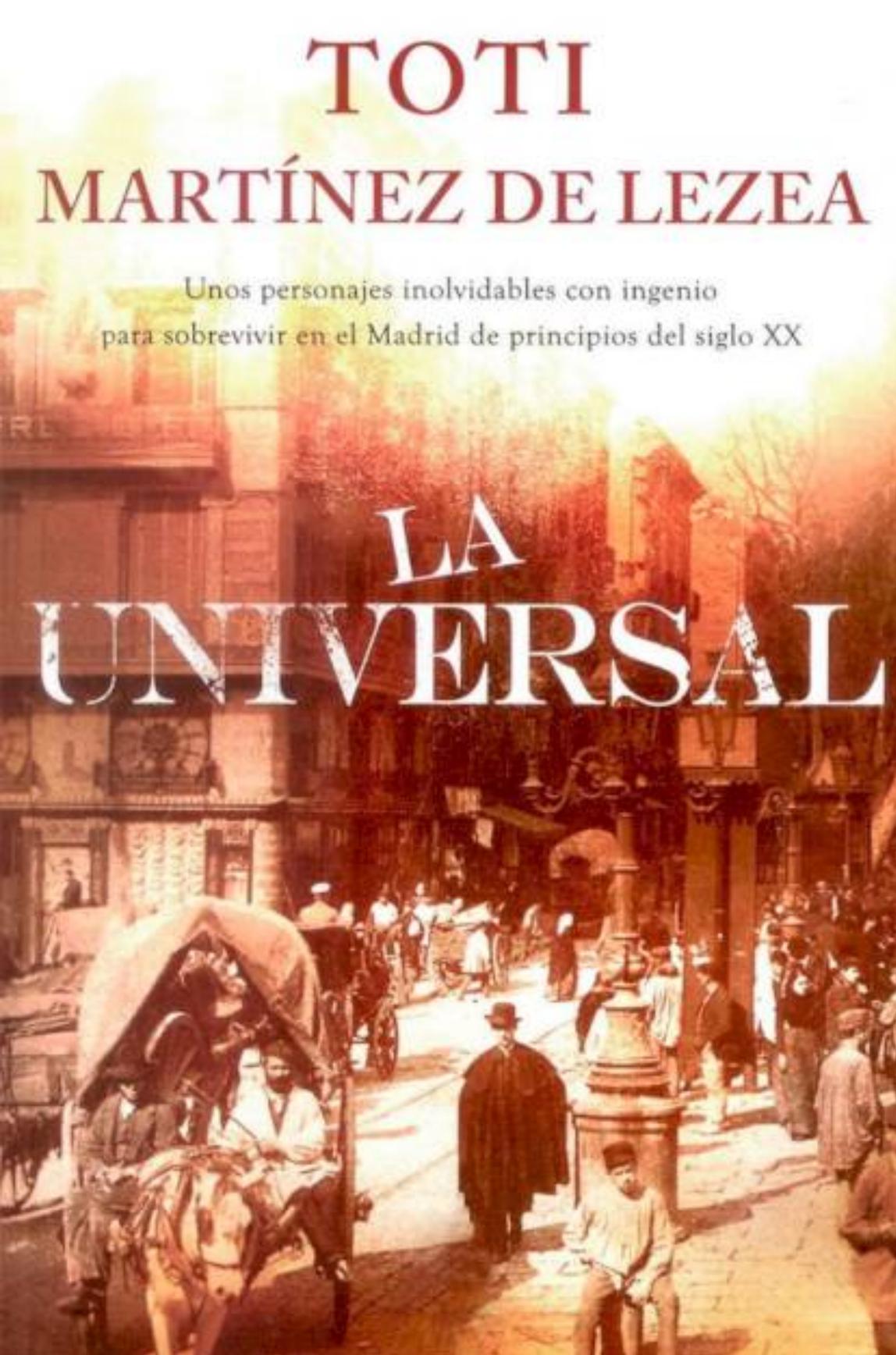


TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

Unos personajes inolvidables con ingenio
para sobrevivir en el Madrid de principios del siglo XX

LA UNIVERSAL



Con un pie en la tradición y otro en la modernidad, la España de principios del siglo XX sufre grandes convulsiones internas alimentadas por los cambios en la sociedad y sobre todo por las ideas políticas. Las revueltas obreras se suceden mientras los ciudadanos no saben si enfocar el futuro con preocupación o con esperanza.

En la madrileña pensión La Universal se ha reunido un grupo de personajes un tanto excéntricos y marginales que buscan su manera de sobrevivir en esas difíciles circunstancias: un anarquista frustrado, una prostituta caritativa, una vidente, un profesor en paro... Cuando la situación se vuelve insostenible y están a punto de perder la pensión en la que viven, deciden montar una compañía de circo y recorrer con ella algunos pueblos cercanos a Madrid. Paralelamente, el joven abogado Ignacio Wallinstein, uno de los inquilinos de La Universal, investiga la desaparición de un importante cliente del bufete donde trabaja.

A Paco Cuadros

Prólogo

Madrid, 31 de mayo de 1906

La calle Mayor se hallaba engalanada con banderas y flores, repleta de gente apiñada a ambos lados desde primeras horas de la mañana a la espera de carrozas tiradas por hermosos ejemplares equinos enjaezados a la oriental, lacayos vestidos a la federica, coraceros sobre sus monturas, con sus corazas y cascos de hierro emplumados, miembros de las casas reinantes europeas, ministros, duques y marqueses en lujosos carruajes exhibiendo sus mejores vestuarios con profusión de joyas, sombreros, encajes y medallas, pero, sobre todo, para ver a los novios. La boda del rey Alfonso XIII con la hermosa Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina de Inglaterra, recordaba en cierta manera a la de su padre con la añorada y breve María de las Mercedes, que todavía hacía suspirar a las modistillas y demás gentes del común. Se decía que, al igual que en aquella ocasión, también en ésta se trataba de un enlace por amor, «como los de los pobres», tan del gusto del pueblo, siempre deseoso de participar en el festejo y atisbar durante unos instantes a los poderosos privilegiados, cuya cercanía nunca sentiría tan próxima. El sol de un día primaveral participaba de la fiesta haciendo más llevadera la espera de la comitiva, procedente de los Jerónimos en dirección al Palacio Real, mientras los pacientes espectadores entretenían su tiempo charlando acerca del evento, los asuntos de la política o los chismorreos de la corte.

Sentado en una silla de paja delante de la puerta de su taller, contiguo al portal de la calle del Rollo, esquina con la calle de Segovia, Antón Ozaeta lió un cigarrillo al tiempo que escuchaba el vocerío que le llegaba a ráfagas, con un gesto despectivo en el rostro. Era el único morador del inmueble que no asistía al espectáculo y nada ni nadie le habría obligado a presenciar la «bufonada», como la llamó, costeada muy a su pesar con sus impuestos. Republicano convencido, anticlerical y enemigo acérrimo de la monarquía, había expresado su parecer a la hora del desayuno.

—Inútiles, eso es lo que son, inútiles —pontificó sin alzar la voz en ningún momento—. Parásitos que se nutren del sudor y del esfuerzo de los trabajadores.

—Cuidado con lo que dices... —Su mujer miró a su alrededor como si temiese que alguien los estuviera escuchando—. Es el rey...

—Como si quiere ser el papa —respondió él en el mismo tono.

Hacía tiempo que había desistido de inculcar sus ideas a Eulalia, una mujer sencilla y crédula, cuya candidez le divirtió al conocerla en el baile público del Retiro, a poco de llegar a Madrid. Su talle esbelto, las caderas amplias y la mirada de unos ojos risueños lo encandilaron de inmediato y lo llevaron meses después a la iglesia de San Andrés, a él, que no había pisado un templo desde poco después de hacer la primera comunión en San Vicente de Vitoria, donde también había sido bautizado treinta y cinco años atrás con el nombre de Antonio Vicente María de las Nieves López de Ozaeta, aunque él únicamente se reconocía como Antón Ozaeta. No obstante, hizo de tripas corazón y consintió en casarse por la Iglesia, entre otras cosas porque era la única forma de que Eulalia accediese a sus requerimientos amorosos, cada día más apremiantes. De ello, hacía tres lustros. La credulidad de su mujer ya no le divertía, pero seguía siendo una hembra de carnes prietas, buena en la cama y apañada en las tareas del hogar; a él no le hacía falta

nada más, aunque le habría gustado tener un hijo por aquello de dejar tras de sí a alguien de su misma sangre. Luego pensó en sus hermanos y sobrinos, con quienes no mantenía contacto alguno, y decidió que ya había suficientes Ozaeta en el mundo, demasiados.

A pesar de su negativa a formar parte del rebaño de «borregos», como los llamó, que acudiría a vitorear, o simplemente a curiosear, al paso de los recién casados y de sus invitados, Eulalia manifestó que ella sí iría, pues, afirmó, una ocasión así se presentaba una vez en la vida y no era cuestión de perdersela, le gustase a él o no. Antón soltó una palabrota y salió del piso dando un portazo. No podía trabajar en el taller porque el Gobierno había decretado tres días de fiesta y podían ponerle una multa por mantener el negocio abierto, así que decidió sentarse a tomar el aire. Un rato más tarde, a eso del mediodía, su mujer, su suegra, la vecina del primer piso e Isabelilla, la criada, salían por la puerta; las tres primeras ataviadas de domingo: falda oscura, blusa blanca almidonada, zapatos de tacón y mantón largo.

—¿Usted no viene? —le preguntó la vecina, doña Patrocinio.

—Antes me tiro al río —respondió él dando una calada al cigarrillo.

—¡Atontao! —le espetó Eulalia.

—¡Guapa! —respondió él guiñándole un ojo.

La mujer asió el brazo de su madre y ambas echaron a andar muy dignas hacia la calle del Sacramento en dirección a la calle Mayor, seguidas por las otras dos, mientras Antón fijaba la mirada en el balanceo de las caderas de Eulalia y en los flecos del mantón que rozaban sus tobillos. Sonrió. Allí la estaría él esperando cuando regresase después de haber contemplado a las realezas y le demostraría que no hacía falta llevar corona para contentar a una mujer. De hecho, había visto en *El Liberal* una fotografía de la pareja que tanto revuelo estaba causando y dudaba de que

aquel joven de rostro enfermizo fuese capaz de cubrir a la inglesa, cuyo aspecto, desde luego, era mucho más saludable que el de él, aunque los Borbones tenían fama de lascivos, y nunca se sabía. Pensar en el rey borró la sonrisa de su rostro y lo puso de mal humor justo en el momento en que las campanas de iglesias y conventos repicaban llenando el aire con sus sonos y las palomas alzaban el vuelo asustadas. La comitiva estaría en ese momento saliendo de los Jerónimos o ya habría emprendido el recorrido hacia el Palacio Real. Un grupo de hombres, mujeres y niños pasaron corriendo por delante de él; tiró la colilla al suelo y decidió meterse en el taller a trabajar, aunque fuera con la puerta cerrada. Nadie podía decirle lo que debía o no hacer, y no era asunto suyo si la ciudad entera se había vuelto loca y festejaba la boda de una pareja cuyo único mérito era haber nacido en un palacio, en lugar de en la humilde casa de un trabajador.

Centró su atención en el engranaje del pedal de la máquina de coser, propiedad de la anciana duquesa del Infantado, cuya costurera le había venido con prisas la semana anterior, pues, aseguró, las galas que la nuera de su señora llevaría al enlace real no estaban acabadas y necesitaba el artilugio cuanto antes. De buena gana le habría dicho que buscara a otro mecánico, que él no trabajaba para la aristocracia, pero luego se lo pensó; las cosas andaban mal, hacía meses que el trabajo escaseaba y no era cuestión de despreciar lo poco que llegaba. Por otra parte, la costurera, al igual que él y todos los de su clase, únicamente intentaba ganarse el pan, y, además, le fascinaba la maquinaria de cualquier tipo; prometió que el pedal estaría arreglado para el día siguiente, promesa que no cumplió porque no hubo forma de encontrar el muelle apropiado y tuvo que fabricarlo él mismo. Se olvidó del festejo y de sus fobias monárquicas mientras trabajaba junto a la única ventana que daba a un patio interior, por lo general lleno de voces y de olores a comida y que hoy permanecía silencioso. No podía

quejarse de cómo le iba la vida, aunque tampoco era para lanzar gritos de alegría.

Todo había comenzado como suelen estos asuntos. Sus dos hermanos mayores y él habían montado en Vitoria, en los bajos de la casa de sus padres, un taller de bicicletas «de seguridad» con patente Starley. Al ser los únicos fabricantes, y a pesar de que el precio de cada máquina era ciertamente elevado, vieron florecer su negocio de manera tan satisfactoria que un par de años más tarde contrataban a un oficial mecánico y a dos aprendices para poder satisfacer la demanda. Sin embargo, a medida que aumentaban sus ingresos, también lo hacían sus discrepancias; algo habitual en todos los negocios familiares, que empiezan con entusiasmo y acaban como el rosario de la aurora, es decir, en bronca. Él decidió separarse y montar por su cuenta un establecimiento de llantas y accesorios para bicicletas, que en pocos meses tuvo que cerrar, pues sus hermanos no estaban por la labor de dejarle parte del negocio y, no habiendo competencia en la ciudad, proveían a sus clientes del servicio completo, de forma que éstos no necesitaban acudir a Antón. Tras gastar los pocos ahorros que le quedaban después de la aventura de la tienda, no tuvo más remedio que buscarse la vida en otro lugar. Un buen día hizo el petate y se fue a Madrid. En la bolsa llevaba dos pantalones, dos camisas, dos jerséis, un pijama, cuatro pares de calcetines y dos mudas; en el bolsillo, cien pesetas, y en la mente, la idea de hacer fortuna en la capital y regresar a Vitoria con la cabeza bien alta.

Se arrepintió de su decisión varias veces durante el viaje, sobre todo cuando el tren frenaba y él se despertaba sobresaltado al golpearse la cabeza con el respaldo del asiento de madera. Al llegar a la capital buscó alojamiento en la primera pensión que encontró cerca de la estación de Atocha, un antro insalubre en el que, por dos pesetas la noche, compartía habitación con otros tres hombres, e inició un recorrido por los pocos talleres mecánicos que había en la

zona. A pesar de demostrar que conocía el oficio, no logró encontrar trabajo, puesto que los talleres eran pequeños negocios familiares que sobrevivían malamente, y un par de semanas más tarde ya no le quedaban más que veinte pesetas, suficientes para regresar e intentar llegar a un acuerdo con sus hermanos o, en el peor de los casos, ayudar al tío Paco en las tareas del caserío de Ozaeta, una aldea a poca distancia de Vitoria de donde procedían tanto la familia como el apellido. Desalentado, se acercó el domingo al parque del Retiro con la intención de pasar el rato y allí fue donde conoció a Eulalia. Tal vez no la amaba con la loca pasión de los enamorados descritos por Luis de Val, valenciano como su suegra, cuyas novelas por entregas ésta conservaba con verdadera devoción y que él había leído para entretener las tediosas veladas invernales, pero la quería y, además, no olvidaba que gracias a ella había podido quedarse en Madrid y no se había visto obligado a regresar a Vitoria con el rabo entre las piernas.

La joven vivía con su madre en un piso bastante destaralado en la calle del Rollo, nombre que tenía su origen en la picota o rollo de justicia antaño allí instalado, donde eran castigados los condenados a latigazos o a escarnio público, aunque muchos preferían su nombre anterior: de la Parra, que resultaba más agradable al oído y evocaba una cierta alegría de vivir. El piso tenía ocho habitaciones, cuatro de ellas dobles, algunas de las cuales alquilaban por una noche a los tratantes que llegaban de los pueblos en los días de feria, aunque no podía decirse que fuese una pensión, porque no pagaban la correspondiente licencia municipal. Benigno, el guardia urbano de la zona, hacía la vista gorda, ya que uno de los tratantes era un primo suyo y solía acabar la ronda cenando en el piso de la viuda y de su hija, a quienes consideraba algo así como parientas lejanas. El difunto marido y padre era, al igual que él, originario de Talavera, y ambos habían llegado a la capital al mismo tiempo y con igual intención: trabajar, hacer dinero y volver al pue-

blo; algo que, a la vista estaba, no habían podido llevar a cabo. A la madre de Eulalia, la señora Fuensanta, la muerte del esposo la había dejado en una situación económica asaz precaria, por lo que el guardia consideraba un deber hacia su compadre ayudarlas a ella y a la hija. De esta forma, Antón Ozaeta tuvo una habitación a cuenta y, por ende, pudo montar su taller mecánico en la lonja polvorienta, en tiempos almacén del grano donde el difunto negociaba, y sin utilizar desde su muerte. Además de sus innegables encantos, en especial su trasero, que lo traía a mal traer, Eulalia lo había salvado de la humillación del fracaso, y eso era algo que, de por sí, merecía ser tenido en cuenta a la hora de sopesar los pros y los contras de la unión con una mujer, a su entender, demasiado beata y demasiado monárquica.

Al cabo de un buen rato, Antón creyó haber oído algo parecido a una explosión en la lejanía, pero, enfrascado en la labor de remachar el muelle del pedal de la máquina de coser y con la puerta del taller cerrada, en un primer momento no prestó mayor atención; tampoco se percató de que las campanas del barrio habían cesado de tañer, pero al cabo de un rato sintió que algo raro ocurría, dejó el trabajo y salió a la calle. Un vocerío aterrorizado llenaba el aire, y permaneció inmóvil durante unos instantes, intentando descifrar el motivo de los gritos y averiguar su procedencia. Únicamente reaccionó al ver llegar desde la calle Mayor a unas cuantas personas que corrían portando entre varias a una mujer con la cara ensangrentada.

—¡Un atentado! —gritó un chaval en respuesta a su pregunta sobre lo ocurrido—. ¡Ha sido un atentado!

No lo pensó dos veces y él también echó a correr cuesta arriba, sorteando, e incluso empujando, a la gente que se precipitaba en dirección contraria en medio de chillidos y lamentos. Se detuvo atónito al desembocar en la calle Mayor, su mente incapaz de comprender el alcance del drama que se presentaba ante sus ojos: cuerpos destrozados,

heridos que reclamaban auxilio, caballos cuyos relinchos agonizantes se mezclaban con los gritos de la gente, carrozas y carruajes abandonados en medio de la calle; hombres y mujeres que corrían de un lado para otro sin saber muy bien qué hacer, humo y sangre, mucha sangre, en los rostros y las ropas, en el empedrado. Ayudó a levantarse del suelo a un hombre mayor y lo dejó apoyado contra el muro de la casa más cercana; cogió en brazos a una chiquilla que lloraba hasta que una mujer con el pánico en la mirada se la arrebató de malas maneras y salió corriendo; permaneció alelado ante un cadáver de uniforme al cual le faltaba parte de la cara, pero que mantenía una corneta asida con fuerza en su mano derecha, y se vio empujado contra una farola por un grupo de soldados sables en ristre. Lo aturdió el golpe durante un instante, pero el impacto lo despabiló y recorrió el último tramo de la calle Mayor llamando a Eulalia.

La encontró hecha un mar de lágrimas, sentada en el suelo abrazada a su madre, aparentemente sin vida.

—¡Me la han matado! ¡Me la han matado! —sollozaba mientras acariciaba el rostro de la señora Fuensanta, las dos cubiertas de polvo.

Sin decir una palabra, Antón cogió en brazos a su suegra y se encaminó hacia la calle del Rollo, seguido por su mujer, que se agarraba a su chaqueta de paño e iba dando traspies como una niña desvalida.

Descubrieron, al llegar a la vivienda, que la señora Fuensanta no estaba muerta; se había desmayado al oír la atronadora explosión, que detuvo el tiempo durante unos segundos, y el yerno salió a toda prisa en busca de un médico. Vano empeño, pues todos los médicos de Madrid habían acudido al lugar de los hechos y a los hospitales en cuanto se supo lo ocurrido y, a fin de cuentas, la mujer no presentaba herida alguna; únicamente algún que otro hematoma debido a la caída. Acudió entonces a la botica más cercana y, a falta de sales, consiguió un frasco de amoníaco

tras muchos esfuerzos, pues el local estaba repleto de gente que, entre empujones y voces, requería la atención del boticario y de sus mancebos, aunque el remedio no sirvió para nada. Su suegra permaneció ida y no respondió ni al amoniaco, ni a las palabras, ni a los paños húmedos en la frente, ni a los cachetitos que su hija le propinó para ver si lograba despertarla. Gracias a Benigno, quien acudió a media tarde para comprobar que sus protegidas estaban bien, lograron que pasara a echar un vistazo el médico de las Bernardas, las monjas que tenían convento en la misma calle.

—Se halla en estado de conmoción —dictaminó el galeno— y, en estos casos, nunca se sabe cuándo reaccionará el paciente, si lo hace... —añadió en voz tan baja que sólo Antón escuchó sus últimas palabras.

Y como no había cura y era preciso permitir que la naturaleza actuara, tampoco había boticas para su mal, por lo que el médico los dejó igual que antes y con cinco pesetas menos por la consulta.

No acabaron ahí las preocupaciones. Al día siguiente, patrullas de carabineros armados registraron todos los talleres, viviendas, lonjas y almacenes ubicados en las inmediaciones de la calle Mayor, en especial los del último tramo. Al igual que el resto de sus vecinos, los Ozaeta se vieron sorprendidos por los militares, cuya presencia provocó la natural consternación en un vecindario habitualmente tranquilo. Antón tuvo que acompañar a un par de ellos al taller, y a continuación fue escoltado hasta el cuartel de San Nicolás para explicar el hallazgo de varios ejemplares de la revista satírica, republicana y anticlerical *El Motín*, que los carabineros encontraron debajo de un cajón con herramientas. Se trataba de números atrasados, pero eso no impidió que se le hiciera la ficha, fuera interrogado en cuanto a su procedencia y opiniones políticas, además de mostrarle varias fotografías de individuos desconocidos para él, y que tuviera que colocarse en fila junto a unos hombres mientras

un tipo, de aspecto insignificante, procedía a identificarlos. Jamás en su vida lo había pasado tan mal y había tenido tanto miedo. Cuando finalmente, ya de noche, lo dejaron marchar, no sin antes advertirle que sería vigilado, entró en la primera taberna que encontró, pidió un vaso de aguardiente peleón capaz de levantar la boina a cualquiera y se lo bebió de un trago. Después enfiló hacia su casa a paso ligero con la mente fija en una sola idea: acostarse con su mujer, olvidar el susto entre sus brazos y hacerle el amor hasta caer rendido, pero Eulalia había decidido velar a su madre y tuvo que dormir solo.

Durante las siguientes semanas, la mujer no salió para nada de la habitación de su madre, incluso dormía con ella en la misma cama y se hacía llevar la comida por Isabelilla, quien, al igual que la vecina del primero, había salido por pies en el momento del atentado y no dejaba de llorar y moquear, como queriendo hacerse perdonar por no haber ayudado a sus señoras. Por primera vez en quince años, Antón se encontró solo a la hora de comer y, más importante, a la hora de acostarse. Y no le gustó. Sentado en la cama, a la luz de la lamparilla de gas, todas las noches leía el *Heraldo de Madrid*, el único periódico con cuya línea editorial se sentía más o menos de acuerdo, más bien menos por encontrarlo demasiado tibio en sus críticas al Gobierno y a la monarquía, pero no había otros que pudieran interesarle. Así supo que el anarquista que había lanzado una bomba Orsini, de las utilizadas habitualmente en los atentados, era un catalán de nombre Mateo Morral y que el ramo de flores en el cual había escondido el artefacto relleno de dinamita y nitrobencina habría dado de lleno en la carroza real y matado a sus ocupantes de no haber sido por los cables del tranvía que desviaron su trayectoria. Aun así, el atentado había causado la muerte de, al menos, dos decenas de personas y había dejado heridas a más de cien; una auténtica escabechina. Por suerte, Eulalia y su suegra se ha-

bían situado en el lado opuesto. Esta información le dio que pensar.

Era republicano porque su padre lo había sido, a pesar de haber nacido en un pueblo alavés con vocación carlista. Todos sus tíos eran carlistas y ése fue uno de los motivos por los cuales su padre decidió dejar su localidad de nacimiento e instalarse en Vitoria.

—No necesitamos reyes que nos gobiernen —decía una y otra vez—, sino hombres honrados elegidos por el pueblo.

La cuestión, meditó Antón, era dónde encontrar hombres honrados, porque, a la vista estaba, no parecía haber suficientes. Los ricos lo eran cada vez más y los pobres no levantaban cabeza. Eran muchas las circunstancias que suscitaban el desaliento incluso entre los más optimistas: la llegada a los puertos de grandes cargamentos de trigo había arruinado a miles de familias campesinas obligadas a emigrar hacia las ciudades, a su vez incapaces de absorberlas; el encarecimiento de los productos básicos y la venta de ganado al extranjero provocaban el hambre en todo el país; los sueldos miserables de los trabajadores no alcanzaban para mantener a sus familias; las huelgas habían sido reprimidas con dureza y sus promotores habían acabado encarcelados, incluso ejecutados, o exiliados; las levas militares obligatorias, que podían ser eludidas sin embargo mediante la llamada «redención a metálico» por la desorbitada suma de mil quinientas pesetas, el sueldo de un año de un obrero, sólo al alcance de los hijos de los adinerados, afectaban gravemente a los más humildes, así como la inestabilidad de los sucesivos Gobiernos, nueve en tres años, suscitaban el desaliento incluso entre los más optimistas.

—Nos chupan la sangre como los vampiros y nos prometen la vida eterna a cambio de nuestra sumisión —le repetía, cada vez que se encontraba con él, su amigo José Fernando Hermoso Cantonal, obrero en la fábrica de ladrillos de Villasante, hombre cejijunto y corto de piernas, cuyo

primer apellido provocaba hilaridad y daba lugar a chanzas que él cortaba por lo sano soltando una blasfemia sin apenas mover los labios.

Anarquista hasta la médula, a medida que pasaban los años, Pepe Cantonal se había ido desmarcando de sus camaradas más moderados, de aquellos que pretendían el cambio de la sociedad mediante la educación de las masas, y se había aproximado peligrosamente a la línea dura del anarquismo, la que combatía de todos los modos posibles la corrupción y el abuso del Estado, el capitalismo y el poder de la Iglesia, y no dudaba en posicionarse a favor del uso de la violencia.

—Nos acusan de barbaridades que no hemos cometido, nos detienen, torturan, asesinan. Quieren enmudecernos, pero no lo lograrán, porque somos más, muchos más, y algunos no estamos dispuestos a esperar sentados a que vengan a por nosotros. ¡Viva la revolución! —concluía siempre, después de haber pasado lista a los agravios que, según él, sufrían los obreros y los campesinos españoles.

Antón temía por su amigo; un hombre sin familia ni lazos afectivos, obsesionado por una idea, podía poner en peligro su vida y las de sus conocidos. Él no estaba dispuesto a arriesgar la suya y pensó en no volver a verlo en más de una ocasión, después de alguno de sus esporádicos encuentros, pero tenía que reconocer que sentía simpatía por Pepe y estaba de acuerdo con él en cuanto a la necesidad de acabar con la clase dominante: banqueros, terratenientes, burgueses, curas y, por supuesto, reyes. Sin embargo, el atentado de Mateo Morral le había causado una impresión muy profunda. Tal vez no habría sido así de no haber visto con sus propios ojos su resultado, pues lo que no se ve tampoco se siente con igual intensidad. La muerte y heridas de tantas personas inocentes, gentes del pueblo, desparramadas por el asfalto gritando de dolor en medio del humo, el pánico y la estupefacción general era algo que no iba a olvidar. Esperaba no encontrarse con Pepe Canto-